

Ni elevó al solio de opresores viles
Su profanado canto!

¡Hélade antigua! generosas sombras,
Píndaro, Homero, Sófoeles, Esquilo,
Que nunca infieles de la Urania Venus
Fuisteis al puro culto:

Abrid del templo las doradas puertas:
¡Paso al fuerte mancebo laetano,
Que en sus hombros la túnica del genio
Ostenta no manchada!

¡Dulce Cabanyes! En humilde tumba
Cubre tus restos el materno snelo:
Sobre ella vela el numen de la lira...
El de la gloria duerme.

De la región etérea donde moras,
Propicio acoge mi modesta ofrenda:
Para cantarte, de tu lumbre un rayo
Vierte sobre mi frente!

Tú la belleza con afán buscaste,
Como á los griegos se mostró y latinos,
Reina de sí la soberana idea,
Reina del Pario mármol.

Ella tu esposa fué, casta y desnuda,
Y brotó de su seno fecundado
Por tu abrazo viril, la forma indócil
Luchando por la vida.

Libre como tu espíritu tu Musa
Rima desdeña y números sonoros:
Campo le diste que á extender bastara
Su altivo pensamiento.

Aureos tus versos son: su eco robusto
Vigor inspira, varonil grandeza:
Dignos de edad más fuerte y generosa
Que la nuestra menguada.

Llegó á tu mente un rayo de aquel fuego
Que iluminó los pórticos de Atenas,
Como llegó al cantor de la Cautiva,
A Andrés Chenier divino.

Joven moriste... Apenas á la vida
Se abrieron ¡ay! tus penetrantes ojos:
Joven sucumbe el que los Dioses aman.
¡Triste ley de los hados!

Hoy, mientras ciñen profanados lauros
Frentes vulgares, tu memoria muere:
¡Oh si en tu honor mi canto más durara
Que mármoles y bronces!

Menéndez y Pelayo

como traductor clásico

Canto secular de Horacio

Phæbe, sylvarumque potens Diana...

Oh siempre honrados y honorandos, Febo,
Y tú, Diana, que en los bosques reinas,
Lumbres del cielo, en estos sacros días
Gratos oídos!

¡Hoy que, al mandato sibilino fieles,
Virgenes cantan y selectos niños
A las Deidades que los siete montes
Miran propicias;

Sol que conduces en fulgente carro,
Vario y el mismo sin cesar, el día,
Nada mayor que la romana gloria
Miren tus ojos!

¡A las matronas en el parto agudo,
Iltia diestra, con amor protege,
El nombre ya de *Genital* prefiere,
Ya el de Lucina!

Su prole aumenta, y el decreto afirma
Que á la doncella y al varón enlaza,
Y haz que germine de la ley fecunda
Nueva prole:

Para que tornen, fenecido el siglo,
Alegres juegos y festivos cantos,
Por veces tres en la callada noche,
Tres en el día.

Vosotras, Parcas, que en feliz augurio
Nunciáis al mundo los estables hados,
Juntad propicias á los ya adquiridos
Bienes mayores.

Rica la tierra de ganado y frutos
A Ceres orne de preñada espiga:
Nutran las crías transparentes aguas,
Auras de Jove.

Piadoso atiende á los orantes niños;
Esconde, Apolo, en el carcaj la flecha:
De las doncellas el clamor escucha,
Reina bicorne:

Si es obra vuestra la potente Roma,
Si por vosotros se salvó el Troyano,
Para fundar en la ribera Etrusca
Nuevas ciudades:

Si entre las ruinas del Ilión ardido,
Sobreviviendo á la asolada patria,
De nueva gloria señalara Eneas
Libre camino:

Al dócil joven conceded virtudes,
Dad al anciano plácido sosiego,
Gloria y honor á la Romúlea gente,
Prole y riquezas.

Y el que cien bueyes os inmola blancos,
Claro de Anquises y de Venus nieto,

Clemente rija y poderoso el mundo
Antes domado.

En mar y tierras su poder extiende:
El Medo tiembla á la segur Albana,
Y paz el Indio domeñado pide,
Paz el Scita.

Que fe y honor y castidad retornan,
Y la virtud que de la tierra huyera,
Y la abundancia que del cuerno opimo
Bienes derrama.

Si Febo augur, el de sonante aljaba,
Gloria y amor de las Camenas nueve,
El que con arte saludable cura
Larga dolencia,

Mira propicio el Palatino alcázar,
Dilate el linde del poder romano,
Y en nuevos lustros la inmortal acrezca
Gloria latina.

Oiga los ruegos de varones quince
La casta Diosa que en Algido mora,
Y de los niños á los cantos preste
Facil oído.

Esto esperamos que el Saturnio otorgue.
Esto confirmen los celestes Dioses:
Tornad á casa los que ya entonásteis
Himno sagrado.

Santander, Mayo de 1876.

Una página de los "Heterodoxos"

La evolución de la Historia Eclesiástica

(De la advertencias preliminares, de la 2.^a edición:—Julio de 1910)

Bien conozco que es tarea capaz de arrear al más intrépido la de refundir un libro de erudición escrito hace más de treinta años que han sido de renovación casi total en muchas ramas de la Historia Eclesiástica y de progreso acelerado en todas. Los cinco primeros siglos de la Iglesia han sido estudiados con una profundidad que asombra. La predicación apostólica, la historia de los dogmas, los orígenes de la liturgia cristiana, la literatura patristica, las persecuciones, los concilios, las heregias, la constitución y disciplina de la primitiva Iglesia, parecen materia nueva cuando se leen en los historiadores más recientes. La Edad Media, contemplada antes con ojos románticos, hoy con sereno y desinteresado espíritu, ofrece por sí sola riquísimo campo á una legión de operarios que rehace la historia de las instituciones á la luz de la crítica diplomática, cuyos instrumentos de trabajo han llegado á una precisión finísima. Colecciones ingentes de documentos y cartularios, de textos hagiográficos, de concilios, decretales, y epístolas pontificias, de todas las fuentes de de jurisprudencia canónica, han puesto en circulación una masa abrumadora de materiales, reproducciones con todo rigor paleográfico y sabiamente comentados. Apenas hay nación que no posea ya un *Corpus* de sus escritores medioevales unos *Monumenta histórica*, una serie completa de sus crónicas, de sus leyes y costumbres; unas ó varias publicaciones de arqueología artística, en que el progreso de las artes gráficas contribuye cada día más á la fidelidad de la reproducción. Con tan magnífico aparato se ensanchan los horizontes de la historia social, co-

mienzan á disiparse las nieblas que envolvían la cuna del mundo moderno, adquieren su verdadero sentido los que antes eran solo datos de árida cronología, y la legítima rehabilitación de la Edad Media, que parecía comprometida por el entusiasmo prematuro no es ya tópico vulgar de poetas y declamadores, sino obra sólida, racional y científica de grandes eruditos, libres de toda sospecha de apasionamiento.

No es tan fácil evitarle en la Historia Moderna, puesto que los problemas que desde el Renacimiento y la Reforma comenzaron á plantearse son en el fondo idénticos á los que hoy agitan las conciencias, aunque estas se formulen en muy diverso sentido y se desenvuelvan en más vasto escenario. Pero tiene la investigación histórica, en quien honradamente la profesa, cierto poder elevado y moderador que acalla el tumulto de las pasiones hasta cuando son generosos y de noble raíz, y restableciendo en el alma la perturbada armonía, conduce por camino despejado y llano al triunfo de la verdad y de la justicia, único que debe proponerse el autor católico. No es necesario ni conveniente que su historia se llame apologética porque el nombre la haría sospechosa. Las acciones humanas cuando son rectas y ajustadas á la ley de Dios, no necesitan apología; cuando no lo son, sería temerario é in-moral empeño el defenderlas. La materia de la historia está fuera del historiador, á quien con ningún pretexto es lícito deformarla. No es tema de argumentación escolástica ni de sutileza capciosa y abogadil, sino de psicología individual y social. La apología, ó más bien el reconocimiento de la misión alta

y divina de la Iglesia, en los destinos del género humano; brota de las entrañas de la historia misma; que cuanto más á fondo se conozca, mas claro nos dejará columbrar el fin providencial. Flaca será la fé de quien la siente vacilar leyendo el relato de las tribulaciones con que Dios ha querido probar á la comunidad cristiana en el curso de las edades, para depurarla y acrisolarla: *ut qui probati sunt manifesti fiant in vobis.*

Guiados por estos principios, grandes historiadores católicos de nuestros días han escrito con admirable imparcialidad la historia del Pontificado en los siglos xv y xvi y la de los orígenes de la Reforma; y no son pocos los eruditos protestantes que al tratar de estas épocas, y aun de otras mas modernas han rectificado noblemente algunas preocupaciones muy arraigadas en sus respectivas sectas. Aún la misma crítica racionalista, que lleva implícita la negación de lo sobrenatural y es incompatible con cualquiera teología positiva; ha sido factor de extraordinaria importancia en el estudio de las antigüedades eclesiásticas, ya por las nuevas cuestiones que examina, ya por los aciertos parciales que logra en la historia externa y documental que no es patrimonio exclusivo de nadie.

Católicos, protestantes y racionalistas han trabajado simultaneamente en el grande edificio de la Historia Eclesiástica. Hijo sumiso de la Iglesia, no desconozco la distinta calificación teológica que merecen, y la prudente cautela que ha de emplearse en el manejo de las obras escritas con criterio heterodoxo. Pero no se las puede ignorar ni dejar de aprovecharlas en todo lo que contienen de ciencia positiva y así lo practican y profesan los historiadores católicos menos sospechosos de transacción con el error. Méditense por ejemplo, estas palabras del Cardenal Hergenrother en el prefacio de su Historia de la Iglesia, tan conocida y celebrada en las escuelas religiosas: «Debemos explotar y convertir en provecho propio todo lo que ha sido hecho por protestantes amigos de la verdad y familiarizarnos con el estudio de las fuentes. Sobre una multitud de cuestiones, en efecto, y á pesar del muy diverso punto de vista en que nos colocamos, no importa que el autor de un trabajo sea protestante ó católico. Hemos visto á sabios protestantes formular sobre puntos numerosos, y á veces de gran importancia, un juicio mas exacto y mejor fundado que el de ciertos escritores católicos, que eran en su tiempo teólogos de gran nombradía.

Gracias á este criterio amplio y hospitalario vuelve á recordar la erudición católica el puesto preeminente que en los siglos xvi y xvii tuvo, y que solo en apariencia pudo perder á fines del siglo xviii y á principios del xix. Hoy, como en los tiempos antiguos, el trabajo de los disidentes sirve de estímulo eficaz á la ciencia ortodoxa. Sin los centuriadores de Magdeburgo, acaso no hubiesen existido los *anales* del Cardenal Baronio, que los enterró para siempre á pesar de las *Exercitationes* de Casaubon. Desde entonces, la superioridad de los católicos en este orden de estudios fué admirablemente mantenida por los grandes trabajos de la escuela francesa del siglo xvii (Tillemont, Fleury, Natal Alejandro, los benedictinos de San Mauro), por sus dignos émulos italianos de la centuria siguiente (Ughelli, Orsi, Mansi, Muratori, Zaccaria). Pero la decadencia de los estudios serios, combatidos por el superficial enciclopedismo, y por aquella

CAMISERIA, CORBATERIA y NOVETATS

Géneros de Punt - Especialitat en Camises á mida

Plassa de Sant Jaume, 5 y Bisbe, 2 - BARCELONA

ALOY

especie de languidez espiritual que había invadido á gran parte del clero y pueblo cristiano en los días próximos á la Revolución, trajeron un innegable retroceso en los estudios teológicos y canónicos, y cuando comenzaron á renacer no fué el campo de la erudición el más asiduamente cultivado. La mayor parte de las historias eclesiásticas publicadas en la Europa meridional durante la primera mitad del siglo xix y aun más acá, no son más que compilaciones sin valor propio, cuya endeblez contrasta tristemente con los pilares macizos é inmovibles de la ciencia antigua. La falta de comprensión del espíritu cristiano, que fué característico del filosofismo francés y del doctrinarismo liberal en todos sus grados y matices, contagiado á los mismos creyentes y redujo las polémicas religiosas á términos de extrema vulgaridad: grave dolencia de que no acaban de convalecer las naciones latinas.

Hora es ya de que los españoles comencemos á incorporarnos en esta corriente, enlazándolos con nuestra buena y sólida tradición del tiempo viejo, que no debemos apartar nunca de los ojos si queremos tener una cultura propia.

No faltan teólogos nimiamente escolásticos que recelen algún peligro de este gran movimiento histórico que va invadiendo hasta la enseñanza de la teología dogmática. Pero el peligro, caso que lo fuera, no es

de ahora; se remonta por lo menos á las obras clásicas de Dionisio Petavio y de Thomassino, que tuvieron digno precursor en nuestro Diego Ruiz de Montoya (1). De rudos é ignorantes calificaba Melchor Cano á los teólogos, en cuyas lucubraciones no suena la voz de la Historia. Sin la Historia eclesiástica (ha dicho Hergenrother) no hay conocimiento completo de la ciencia cristiana, ni de la historia general que tiene en el cristianismo su centro. Si el historiador debe ser teólogo, el teólogo debe ser también historiador para poder dar cuenta del pasado de su Iglesia á quien le interogue sobre él, ó pretenda falsearlo. La historia eclesiástica es una grande apología de la Iglesia y de sus dogmas, una prueba espléndida de su institución divina, de su belleza, siempre antigua y siempre nueva, de la Esposa de Cristo. Este estudio, cuando se profesa con gravedad y amor, trasciende benéficamente á la ciencia y á la vida, y la ilumina con sus resplandores.

(1) Además de la obra histórica de Montoya cita M. P. la de otro Padre de la compañía, el catalán Juan Bautista Genar, que á mediados del siglo xviii proyectó y realizó el plan de una vastísima enciclopedia teológica escolástica, dogmática, positiva y moral, incluyendo en ella Concilios, herejías, escritores, monumentos sagrados y profanos, epigráficos y numismáticos, etc.

Hay impreso el proyecto ó *Prodrómus*; y «seis volúmenes, que hoy yacen olvidados como tantos y tantos esferos de aquella centuria.»

Una página de las "Ideas Estéticas"

Raimundo Sabunde

La doctrina de este amor, «puro, limpio y sutil, sencillo y fuerte, hermoso y espléndido, rico en nuevos pensamientos y en antiguos recuerdos», reaparece, no ya entre efusiones, líricas, ni envuelto en cabalísticas combinaciones de letras, sino paciente, metódica y sagazmente analizado, en la *Teología Natural ó Libros de las criaturas*, compuesto en el siglo xv por el barcelonés Raimundo Sabunde.

Aunque se cuenta, con razón, á Raimundo Sabunde en el número de los lulianos, porque sigue la misma dirección sintética y armónica, y toma de Lulio las pruebas naturales que intenta dar de los dogmas revelados, tiene, con todo eso, Sabunde su originalidad propia y grandísima, que consiste en el método. La ciencia de Sabunde, según anuncia su propio autor, no necesita del concurso de ninguna otra ciencia, ni presupone la lógica ni la metafísica, ni alega la autoridad de ningún doctor, aunque conduzca á la inteligencia de todos. Esta ciencia real é infalible, más que otra alguna, está fundada en la experiencia, y principalmente en la experiencia que cada cual tiene de sí mismo. La concordia, pues, del método cosmológico y del método psicológico, con vislumbres cartesianos, es el carac-

ter principal de la reforma filosófica intentada por Sabunde. Ciertamente que nos parece leer en profecía el *Discurso sobre el Método*, cuando vemos afirmar á Sabunde, que si el hombre quiere conocerse á sí mismo, es preciso que *entre en sí, y venga a sí, y habite dentro de sí*, porque de otro modo será imposible que conozca su valor, su naturaleza y su hermosura propia é intrínseca.

Hasta aquí estamos dentro del método psicológico; pero en lo que sigue, Sabunde se distingue profundamente de Descartes. Como el hombre se ignora á sí mismo y no sabe la casa que debe habitar, necesario es que las demás criaturas le lleven á su casa. Entonces es cuando finalmente entra dentro de sí, y se conoce á sí propio. Para que el hombre pueda volver á sí por el conocimiento, fué ordenada toda la diversidad de las criaturas, como camino, vía y escalera inmovible y natural, con gradas firmes é inmóviles, por las cuales asciende el hombre á la contemplación de sí mismo.

La *Teología Natural* contiene un tratado del amor de Dios, del cual fácilmente pueden hacerse aplicaciones estéticas, por más que en el autor no parece haber despertado especial interés la categoría de belleza.

Tal es en Sabunde la teoría de los dos amores, de los cuales nacen, según él, las

dos ciudades contrarias y enemigas, que descubrió San Agustín en el mundo, en el corazón del hombre, y aun más allá de los límites de entrambos mundos. No es todo lo que va expuesto filosofía de la hermosura, sino filosofía de la voluntad; pero ya hemos dicho que los escolásticos no las separaban. Además, las páginas que he extractado, obra del mayor filósofo español del siglo xv, admirado y traducido por Montaigne, son de tan capital interés para la historia, todavía oscurísima de los orígenes y primeros pasos de nuestra mística, que me hubiera parecido torpeza y audacia el mutilarlos. ¿Qué era el amor para los antiguos filósofos, así platónicos como cristianos? Aspiración á la belleza suma é increada, y ansia y sed de poseerla. ¿Quién duda, pues, que las teorías acerca de este anhelo de belleza y acerca de la fuerza impulsiva que en él nos guía y sostiene, deben ocupar algún lugar, al lado de las teorías relativas á la belleza misma, y á los medios y recursos que el hombre ha empleado para traducirlo en lo humano?

Sabunde, el último de los grandes realistas de la Edad Media, discípulo de San Agustín, de San Anselmo y de Hugo de San Víctor, mucho más que de Santo Tomás, aparece colocado entre dos mundos filosóficos enteramente distintos, cerrando el uno y abriendo las puertas del otro. En él se amalgaman las dos tendencias de descomposición que en el siglo xiv fermentaron en el seno de la Escolástica: por un lado, es místico como Suizo y como Tauler, y precede y anuncia á la gran generación española del siglo xvi. Por otro, es crítico como Occam, aunque sin las extremidades ni el nominalismo de Occam. Al contrario, vuelve pie atrás, en sentido antologista, y apoyado en Lulio, renueva el argumento de San Anselmo. Pero esta no es más que una de las dos caras de Sabunde: aquella con que mira á la Edad Media. La otra cara está vuelta hacia Descartes y Pascal, de quienes es heraldo, y hacia Kant, cuya *Crítica de la razón práctica* en algún modo preludia, con su demostración de Dios como fundamento del orden moral. Trae métodos nuevos; trae, sobre todo, la poderosa palanca de la observación interna enfrente de las contenciones y de las disputas. Hasta los escépticos del siglo xvi se inclinarán ante ella, y Montaigne traducirá en admirable prosa francesa el *Liber Creaturarum*. Pero, no lo olvidemos nunca: hasta las audacias de la *Teología Natural* son lulianas, hasta el temerario propósito, no de inventar ó descubrir (que esto fuera herético), sino de probar y confirmar por la razón natural los dogmas de la fé.

(Historia de las Ideas estéticas, t. 1).

La obra de Menéndez y Pelayo

Bibliografía sumaria. — Sus principales producciones

- «La Novela entre los latinos». Tesis doctoral. Santander, 1875.
 «Estudios críticos sobre escritores montañeses». Trueba y Cosío. Santander, 1876.
 «La Ciencia española». Hay tres ediciones. La primera, de 1877, y consta de un volumen la segunda, de 1879, de dos, y la tercera, de 1887-89, de tres.
 «Horacio en España». Hay dos ediciones

La primera es de 1877 y consta de un volumen, la segunda es de 1885 y tiene dos volúmenes.

«Estudios poéticos». Madrid-Sevilla, 1879.

«Calderón y su teatro». Conferencias en el «Círculo de la Unión Católica», de Madrid. Se han hecho cuatro ediciones; las dos primeras son de 1881, la tercera de 1884 y la cuarta de 1910.

«Historia de los Heterodoxos españoles». Madrid, 1880-82. Consta de tres grandes volúmenes. Actualmente Menéndez estaba preparando una segunda edición, revisada y considerablemente aumentada, de la cual se publicó el primer volumen á últimos de febrero y acabó el segundo pocos días antes de morir. Según confesión de Menéndez á un amigo nuestro, esta segunda edición debía ser el triple de la primera.

«Historia de las ideas estéticas en España». Después de la nueva edición de los cinco primeros volúmenes, consta de nueve volúmenes de la «Colección de escritores castellanos». Madrid. 1883-1904.

«Odas, epístolas y tragedias». Dos ediciones; de 1883 la primera y de 1906 la segunda.

«Estudios de crítica literaria». Cinco volúmenes. Madrid, 1884, 1895, 1900, 1907 y 1908.

«Ensayos de crítica filosófica». Un volumen. Madrid, 1892.

«Obras de Lope de Vega», publicadas por la Real Academia Española. Trece grandes volúmenes precedidos de extensísimos pró-

logos de Menéndez. Madrid, 1890-1902. Actualmente están próximos á publicarse los volúmenes XIV y XV.

«Antología de poetas líricos castellanos». Doce volúmenes de la «Biblioteca Clásica» de Madrid, 1890-1908.

«Antología de poetas hispano-americanos». Cuatro volúmenes. Madrid, 1893-95. La semana pasada se publicó el volumen de la segunda edición, formando el volumen segundo de la colección de sus «Obras completas».

«Orígenes de la Novela». Tres volúmenes. Madrid, 1905-1910.

«Bibliografía hispano-latina clásica». Actualmente en publicación en la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», de Madrid.

Tiene además una infinidad de prólogos y traducciones y numerosos discursos académicos y estudios críticos publicados en diversas revistas literarias, muchos de los cuales serán reunidos por primera vez en volumen dentro la colección de sus «Obras completas».

ENFERMEADES de la PIEL y CABELLO

SIFILIOGRAFÍA

Dr. Umbert - Calle Canuda 62,

Ciencia política

Algunas ideas sobre los partidos políticos

(Ensayo de filosofía política)

Demasiado compleja, demasiado intensificada es la vida de una sociedad, incluso en las primitivas y rudimentarias fases de la misma, para que no nazcan en ella con plena espontaneidad, sino con plenitud de vida, diversos órganos, cuya peculiar función consiste en ir orientando, dirigiendo en cierto modo, los resortes que propiamente son reguladores de la vida política del Estado, expresión jurídica de aquella sociedad. Esta, que es la razón esencial de existencia del *partido político*, es también la que fundamenta su constante y universal diversidad, pues desde el momento que la vida social aparece influenciada por infinidad de elementos, resulta difícil, por no decir imposible, el poder determinar la dirección que en un momento dado, *tomará ó deberá tomar*, un pueblo ó un Estado en particular; y para coadyuvar á que sea ello posible, es por lo que han de existir matices de opiniones colectivas, diversidad de sentimientos y de ideas hechas fuerza social, que es en definitiva lo que vienen á ser los partidos políticos.

Mas así como toda cosa viva no tiene aquella inmovilidad de las cosas muertas, así los partidos políticos, han de haber ido evolucionando, tanto en su esencia como en sus modalidades; se observa en ellos á través de sus figuraciones históricas una rica variedad de matices en sus tendencias y en su constitución, los cuales están en concordan-

cia con las distintas fases constitucionales del estado social dentro el que viven y se desarrollan. De la misma manera que hoy día, en los modernos pueblos industriales, no es la función del Estado la misma que se le asignaba y que en realidad tenía en los pueblos militares de los siglos xvii y xviii; y que los caracteres y finalidad de los antiguos pueblos-ciudades, no son los caracteres y finalidad de las sociedades medioevales, así también deben diferenciarse cada uno de los grandes y esenciales órganos de una sociedad, cuando se les observa en dos apartados períodos de su vida.

Así pues, esta variedad de tendencias, de constitución, se presenta también respecto de los partidos políticos, cuando á los mismos se les considera en dos épocas separadas por el espacio de algunas centurias; la elaboración intensa de nuevas formas de cristalización política y social, y la modificación de las anteriormente nacidas, ha de influir á la fuerza en el carácter, en los cambiantes que van tomando aquellos órganos, la misión de los cuales consiste en ir comunicando á la mezquina política de un pueblo, las continuas palpitaciones de la masa social, cuyos órganos se llaman partidos políticos.

El mejor Café es el torrefacto de **La Estrella** - Carmen, 1, (frente Belén).

A primera vista, parece que en la evolución de estos instrumentos, á la vez de impulsión y de equilibrio político, sucede un fenómeno opuesto á la que es ley general de la vida en las sociedades humanas: así como éstas van evolucionando hacia una mayor y constante desintegración de funciones, ley que en el mundo económico se llama de la división del trabajo, en cambio en los partidos políticos esta tendencia, esta ley, no resulta bien comprobada, por cuanto mejor se observa en su evolución una tendencia ó ley contraria, es decir una progresiva integración, una simplificación y agrupamiento constante de fines á través de la aparente diversidad de los mismos. Y es lógico que así suceda, pues en los primeros pasos de una sociedad, cuando ésta empieza á salir de las nebulosidades del período primitivo para entrar en la vía indefinida de las perfecciones de civilización, cada una de las necesidades y aspiraciones sociales que van surgiendo y haciéndose sentir, origina enseguida un instintivo é invencible deseo de satisfacerla en el conjunto más ó menos amorfo de la colectividad; ésta, aun no puede determinarse á ordenar sistemáticamente aquellas varias necesidades, agrupando las que obedezcan á parecidas causas y las que puedan ser satisfechas con análogos procedimientos, pues ello requiere un estado de superior organización social, propio solo de pueblos ya envejecidos en la vida del tiempo y rejuvenecidos y ricos en la vida del espíritu.

Así vemos que en el período primitivo de todos los pueblos civilizados, no aparece ni tan solo á través de la neblina que envuelve todas las lejanías, ningún esbozo de una regular y ordenada organización de las fuerzas sociales que más tarde han de constituir los diversos partidos políticos. No es que estos partidos políticos no existan ya en germen dentro las caóticas organizaciones de aquellos mundos políticos en formación; lo que hay es que entonces cada nueva necesidad que va surgiendo, conforme hemos ya dicho, es satisfecha enseguida por los mismos órganos que satisfacen otras funciones sociales, y así se comprende que dentro de aquella originaria confusión de elementos, apareciesen en lo que más adelante habían de ser los órganos sociales de impulsión y regulación política, ó sean los partidos, tantas variedades, cuantas eran las constantes y mudables necesidades que en la sociedad respectiva iban naciendo á medida que ésta se complicaba y se enriquecía de civilización.

Aquellas convicciones comunes, relativamente á ciertos fines políticos, que

caracterizan los partidos políticos verdaderos, al darles su unidad interna, aun no se encuentran en absoluto en las formas primitivas que aquéllos han revestido en los pueblos civilizados. En efecto, si observamos bien lo que los mismos eran, así en las ciudades griegas como en Roma, como en las repúblicas italianas medioevales, es decir en todos los nombres condensadores de pasadas épocas de la humanidad civilizada, veremos que en todos ellos, los organismos predecesores de los partidos políticos presentaban esencialmente iguales caracteres de primitividad, igual falta de desarrollo orgánico, igual variedad apriorística; no era un verdadero partido político, por ejemplo, el patriciado romano, sino un conglomerado de varias tendencias políticas y sociales, á veces hasta opuestas entre sí, y unidas tan sólo accidentalmente, como tampoco lo eran las innumerables agrupaciones que bajo tan diversos nombres dramatizaron la vida italiana de los siglos medios.

Y es que durante todas esas etapas de la evolución humana, aun no se había llegado á aquel grado de amplitud y complejidad de la vida política, que representa la definitiva implantación, ó al menos la tendencia á conseguirla, del principio de las nacionalidades. Por esta razón cuando empiezan á aparecer con todo su desarrollo orgánico, con toda la plenitud de su virtualidad los partidos políticos, cuando éstos llegan á constituir ya como un engranaje necesario para el normal funcionamiento de la máquina política del Estado, cuando contribuyen á intensificar la vida política haciendo que la vida social casi no sea más que el sedimento poco á poco depositado por la corriente de aquélla, es durante la época moderna, en la que los pueblos van llegando por la virtualidad de la conciencia nacional, á un estado de robustez política que les da aptitud para conseguir una superior vida de continuado perfeccionamiento colectivo.

No creo yo que dependa en absoluto la vitalidad y hasta la existencia de unos verdaderos partidos políticos, del mayor ó menor número de libertades de que gocen los ciudadanos, ni de la mayor ó menor intervención que éstos tengan en el gobierno de su país: el ciudadano de la antigua Atenas, tenía casi tantas libertades, y mayor intervención en el régimen de su ciudad, como el inglés de hoy día, y á pesar de esto era muy diferente la rudimentaria vida que llevaba lo que abusando de las palabras se podía calificar de partido político en Atenas, de la vigorosísima constitución

de un partido político de la moderna Inglaterra; por otra parte vemos como en Alemania, á pesar de la estrecha disciplina y rigorista sujeción política que el poder público pretende imponer, no dejan de mostrar una rica fuerza de vida sus partidos políticos. Y es que la savia de que los mismos se nutren principalmente, no es más que la plenitud de vida política que se origina de un florecimiento de disciplina social, de cultura, de riqueza, de todos aquellos valores sociales, en resumen, que se desarrollan mejor, en la forma superior de evolución política representada por la *nacionalidad*. Esta es la verdadera fuente generadora y purificadora de los partidos políticos; no lo es una gran abundancia de libertades públicas y una gran participación por parte del cuerpo social con el gobierno del Estado. A lo sumo vendrán á ser tales libertades y tal participación, como una atmósfera dentro la cual los partidos políticos puedan mejor desarrollarse y contribuir más eficazmente al progreso general de la colectividad, en cuanto serán más aptos para recoger todas las energías de la masa social que puedan entrar á confundirse en la corriente de la vida política para convertirse así en fecundadoras de otras energías sociales, que aún se mantienen en estado de potencialidad.

Estudiada ya la génesis y aparición de los partidos políticos, vamos á considerar el funcionamiento de los mismos, en relación con las diferentes condiciones en que puede encontrarse la sociedad en la que aquellos se desenvuelven.

Los pueblos todos durante su accidentada peregrinación por la vida, atraviesan períodos de bienandanzas, que van seguidos ó precedidos, como obedeciendo á una fatal ley de compensación, de otros períodos de decadencia y aflicciones colectivas. Es natural que mientras la prosperidad se cierne sobre un pueblo, todas las instituciones, todas las manifestaciones de su vida, han de verse también influenciadas por una gran realidad de optimismo. Si pues el estado de salud en todo el cuerpo social, influye en cada uno de los órganos del mismo, así como el estado de enfermedad ha de originar también una análoga correspondencia, es lógico que muy distinto carácter, conservando empero sus esenciales características, han de presentar los grandes partidos políticos de una nación moderna según tengan que desarrollar su propia energía, en un pueblo empujado por el viento de la prosperidad, ó abatido por el miasma enervador de la desgracia: distintas han

MOSAICOS E F ESCOFET & C

Ronda San
Pedre 8
Barcelona

Mármoles
Piedras
Maderas

Construcción
Decoración

Joaquín Montaner

Sonetos
y Canciones

■ ■ ■

Un tomo de 64 págs.—Dos Ptas.
J. Horta, Impresor.—Barcelona 1911

de ser las modalidades que presenten en una época de normalidad constitucional ó en un período de agitación constructora. Mientras en los períodos de normalidad de un pueblo, las grandes fuerzas sociales del mismo se coordinan entre sí, según ley de vital armonía y subordinación, guardando una constante relación con el funcionamiento de los grandes partidos políticos, en cambio, cuando una sociedad se encuentra en una situación de interno y anormal desequilibrio, entonces se destruye aquella relación, á causa de haberse previamente disuelto aquella armonía y subordinación entre las varias fuerzas sociales propulsoras de la vida entera de un pueblo. Ya no existe entonces con carácter dominante un gran partido conservador, autoritario, socialista—en cierto sentido de la palabra y en cuanto puede significar una mayor atención por los intereses del Estado ó sociedad,—cuyo partido sea principalmente el instrumento de acción política y de renovación, de que se valen las fuerzas sustentadoras de la sociedad para ir continuando su misión. En cambio se observa durante estos períodos de anormalidad y de crisis constitucional, como una exacerbación del sentido radical, reformista, destructor de abusos reales ó supuestos, y, que en último término, no viene á ser más que una circunstancial imposición de aquel individualismo primitivo, igualitario y destructor de toda obra de superior riqueza espiritual, á pesar de mostrarse poseído de una profunda visión de las más amplias armonías sociales.

Nada tiene de extraño, así esta recrudescencia del radicalismo, como este amortecimiento del sentido conservador durante tales períodos de anormalidad, porque es en los mismos, y debido por la confusión de elementos sociales en que se engendran y mantienen, cuando germina fecundamente en casi todas las capas de la sociedad la idea y el sentimiento de una inmediata y extensa reforma constitucional del pueblo respectivo. Hay que tener en cuenta que un pueblo se descompone y agita merced á la acción continuada de reales abusos de poder cometidos por algunos de sus elementos directores, ó bien á causa tan solo de aparentes extralimitaciones, que en esencia son pretextos para que nuevas fuerzas sociales que nacen á la vida puedan tener la esfera de influencia que necesitan y que dichas extralimitaciones les impiden tener. En realidad, todas las luchas, todas las oposiciones de los partidos políticos, provienen de que uno de ellos—el que está en posesión de poder—protege una costumbre, una tradición ó una reforma atacada por el otro partido, en nombre de ideas y sentimientos nuevos, ya importados del extranjero, ya determinados por impulsiones vivas de la misma colectividad nacional.

Por la misma razón de equilibrio vital, cuando una sociedad se encuentra en un período de normalidad constructora, entonces un sentido conservador penetra é influye en casi todas las manifestaciones de la vida colectiva; y ello es así, porque funcionando normalmente una sociedad civilizada, todas sus energías vitales pueden desarrollarse

con plenitud de vida, pues no se ha formado aún ninguno de esos puntos de obstrucción á superior y desconocidas fuerzas sociales que fatalmente se producen al envejecer temporalmente una civilización.

Entiéndase bien, que al decir que domina en dichos períodos de normalidad constructora un cierto sentido conservador, tomamos esta palabra en una amplia y comprensiva acepción, sin querer significar que tengan que desaparecer en absoluto los partidos radicales. Estos vienen á ser como fuerzas de reserva que pueden convertirse en elementos de acción el día de mañana. Bajo este criterio, creo justa la frase de Tarde, de que el partido *gubernamental* representa el optimismo y el de *oposición* el pesimismo, puesto que el último acostumbra tomar en su actuación práctica

inmediata, la exclusiva forma de negación de la obra del primero, en lugar de representar una *visión complementaria* de la misma.

Así no es extraño que en las épocas de acción colectiva, rápida y vigorosa que van atravesando los Estados y ante la aparente unanimidad del pensamiento nacional, desaparezca en apariencia y momentáneamente el partido radical, aunque no en realidad; pues lo que entonces sucede, es que se hace más práctico en el profundo sentido de la palabra, es que entonces llega á realizar la integridad de su esencia, pues que adquiere un sentido de relatividad y contingencia, sin dejar por ello de estar vivificado por el fuego interior engendradora de futuras idealidades.

JOSÉ MARTÍ Y SÁBAT

Cuestiones morales

La tristeza de la literatura contemporánea

V

La crisis económica, como causa objetiva de la inquietud presente.)

Pero—se dirá—¿caso las causas de la tristeza moderna son todas subjetivas y carecen de realidad fuera de nosotros?

Ciertamente que el hombre actual tiene hartas causas reales y exteriores de sufrimiento: la vida es para él penosa en general, con independencia de su situación de espíritu. Especialmente, las clases inferiores sufren un calvario que mueve á piedad. Pero la vida fué siempre dura, y aún más dura que hoy, y las clases ínfimas sufrieron antes la esclavitud y la servidumbre de la gleba, sin que sus dolores tomaran forma tan dramática como la actual.

Existe, sí, una causa objetiva y nueva de dolor: la crisis económica, producida por el maquinismo y la gran industria; por el hacinamiento de luchadores, que se disputan el misero plato de lentejas; por el encarecimiento de la vida, que aumenta en proporción muy superior á la mejora en los sueldos ó jornales; por las nuevas exigencias que impone la relación social, obligando á mantener, como única garantía de consideración ajena, cierto decoro exterior, que supone un equilibrio inestable y artificioso entre ingresos y gastos.

El rebaño de hombres á quienes amargan la existencia la perturbación económica y el ansia de satisfacciones materiales, forma legión inmensa: una muchedumbre de descontentos y entristecidos, que va desde el más humilde menestral hasta el pequeño burgués y el noble arruinado.

Unos se afanan por ganar la vida; otros, por conservar el aparato vanidoso de la posición ocupada, que es en ellos *su vida misma*. Lo que para éste es el pan, es para aquél la levita, el coche ó el automóvil.

El *becerro de oro*, deidad tutelar, que en nuestro siglo ha reemplazado á los antiguos cultos, es tan arbitrario y caprichoso como los dioses griegos en distribuir dádivas á sus fieles; y las angustias, las zozobras, tal vez las humillaciones y hasta las forzadas infamias de los que aspiran al reparto, por lograr su porción de botín, podrían constituir la epopeya moderna. No sería epopeya heroica como *La Iliada*, ni teológica como *La Divina Comedia*. Sería la epopeya del dinero, baja y trágicamente grotesca, que ya bosquejó Zola en *L'Argent*.

Pero esa crisis económica es una causa más cuantitativa que cualitativa. Habrá aumentado el número de los que sufren, no la calidad de los sufrimientos ni de las injusticias. ¿Por qué aun los que padecieron siempre malestar económico, sufren ahora más que antes á causa de él, y por qué impresionan hoy las mismas desgracias de ese orden que no impresionaron jamás, sino á espíritus aislados y excepcionales? Por lo que ya apunté: porque nuestra sociedad, dicho sea en honor suyo, posee una sensibilidad y un humanitarismo, que no conocieron las generaciones pasadas.

Hay, pues, también mucho de subjetivo, en cuanto al efecto angustioso que esa misma crisis económica produce; lo cual no es decir que no haya un problema externo, cuya solución ó mejora son de inmediata urgencia.

De todos modos, ese malestar, esa privación, esa hambre insaciada, que han llegado á ser enfermedad colectiva, tienen que traducirse forzosamente en tristeza y en odio; y, ó se consumen en pasivo dolor y oculto abatimiento, ó se desempeñan por los rumbos tortuosos del vicio y el crimen, con su negro cortejo de horrores; ó estallan en una exaltación desmesurada y rebelde de la personalidad, conduciendo al anarquismo, con su místico ensueño de ilusorias reencarnaciones mesiánicas, y su aspiración me-

galómana de destruir la sociedad actual, para fundar sobre sus escombros un quimérico paraíso.

¡Y qué tristeza acumulada representa cualquiera de esas soluciones que se den al magno problema de la edad presente!

VI

La tristeza de los intelectuales: el pesimismo de Schopenhauer y Hartmann.

La tristeza de nuestra vida no es sólo para los actores de tanto drama íntimo y casero, sino también para los espectadores inteligentes y afectivos, para los que, sintiendo en sus corazones la noble solidaridad del dolor, pueden exclamar como el filósofo de Roma: «Soy hombre, y nada humano me parece ajeno á mí»

He ahí cómo el intelectual de nuestro tiempo tiene la obsesión del problema social, que es más bien el problema económico, igual que la del problema psíquico; pues ambos son, en resumen, los dos polos del sufrimiento contemporáneo. Y los desentraña con su filosofía, ó quiere buscarles remedio con su ciencia, ó declara incurables los males del hombre, proclamando con Hartmann y Schopenhauer la enervadora y lúgubre teoría del pesimismo, algo así como un *lasciate ogni speranza* dantesco.

Sea cual fuere su actitud, el intelectual sufre, porque pulsa y paladea, uno á uno, todos los dolores del alma contemporánea.

El intelectualismo es, á la vez, un diploma y un grillete. Quien le alcanza ufánase de ser superior á los otros; y su superioridad cerebral y sensitiva, es también superior capacidad de padecimiento. Se juzga en posesión de la panacea universal, y no sabe obtener su propia dicha, mientras la alcanzan los rústicos, con su vida animal y rudimentaria.

Con justicia se ha dicho que el intelectualismo, con su desarrollo desmesurado de las funciones cerebrales á expensas de otras, constituye una intoxicación y una grave dolencia.

Hoy la vida intelectual, por un proceso lógico de evolución, ha adquirido una complejidad enorme, y el pensamiento moderna es como océano tumultuoso, donde olas encontradas se combaten.

Roto el equilibrio entre la teoría y la práctica de la vida; ondulante, movedido y remoto el ideal que sirve á ésta de norma; el espíritu siente de manera alternativa los furros y los desmayos, la desesperación y el abatimiento, de quien cree tener en su inteligencia la palanca de Arquímedes para remover el mundo, y, al ir á emprender la ciclópea labor, no halla ni sostén firme para aquélla, ni vigor en su voluntad, ni calma en sus nervios.

Y como ese intelectualismo pesimista, elevado á la dignidad de escuela filosófica, penetra hasta la médula de la literatura actual, importa que convirtamos á él un punto nuestra atención, para buscar en su seno las raíces de la tristeza literaria.

Ciertamente, la filosofía pesimista no es cosa original de nuestro tiempo. Veinticuatro siglos ha, un gran redentor de hombres, Budha, proclamaba á orillas del Ganges que «el mal es la existencia». Pero esta lúgubre afirmación ha sido resucitada por varios pensadores de la anterior centuria, é incorporada, con aparato de ciencia nueva, al caudal de sus ideologías. Hay, pues, un bud-

hismo moderno, que supo estudiar bien el académico francés E. Caro (1).

Y, por contraste singular, la Alemania, joven y fuerte, que por sus triunfos militares debiera confiar, alegre y serena, en el porvenir, ha sido, con su genial filósofo Arturo Schopenhauer, la restauradora del pesimismo, que arrastró las más claras inteligencias del pueblo germano.

La semilla germinó en otros países, como Italia, Francia y Rusia, llegando en ésta, por la levadura asiática de renunciamento y ascetismo que tuvo siempre la raza slava, á engendrar la monstruosa secta de los *skopsi* ó mutilados, quienes, con el cruento sacrificio de su virilidad, proclaman «que la vida es mala y que es conveniente agotar su origen» (2).

Schopenhauer, el gran profeta del pesimismo contemporáneo, tiene del mundo y de la sociedad una visión tenebrosa. «La vida—dice—es una caza continua, en que los seres, ya cazadores, ya cazados, se disputan los harapos de su felicidad; una guerra de todos contra todos; una especie de histo-

ria natural del dolor, que se resume del siguiente modo: «Querer sin motivo, luchar siempre, después morir, y así sucesivamente en los siglos de los siglos, hasta que la corteza de nuestro planeta se deshaga á pedazos.»

Según este sombrío filósofo, el mundo es sólo resultado de la voluntad, y pura apariencia subjetiva (1). «Vivir es querer y querer es sufrir; la vida es, pues, en su esencia, un dolor.» Padecemos primero por el bien apetecido, y, cuando logramos alcanzarle, sufrimos viendo que sólo era fugaz ilusión. Todo placer es negativo; sólo es positivo el dolor, el cual crece al compás de la inteligencia, y es hoy más penoso que nunca por haberse hecho consciente. Así, «lo que el hombre llama en su locura el progreso, no es sino la conciencia más íntima y más penetrante de su propia miseria»

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.

(Continuará el capítulo VI.)

(1) Schopenhauer: *El mundo como voluntad y representación*.

(1) Véase su notable libro *El pesimismo en el siglo XIX*.
(2) E. Caro: *El pesimismo en el siglo XIX*, edic. española páginas 82 y 83.)

RON BACARDÍ

Expansión catalana

Los Orfeones de Cataluña en Madrid El «Orfeo Tarragoní» y el «Orfeo Catalá»

El siguiente artículo, que nos ha remitido nuestro buen amigo y colaborador Sr. Martí y Bofarull y que publicamos en atención á la cordial amistad que con él nos une y á la admiración que sentimos por la ciudad de Tarragona y por sus instituciones culturales, esta redacción opina, y se complace en manifestarlo cariñosamente á su autor, que es sin duda alguna innecesario en cuanto responde al fin de evitar suspicacias entre las dos capitales Barcelona y Tarragona, acerca del viaje de los orfeones á Madrid, glorioso para entrambos y para Cataluña toda.

Lo que el Sr. Martí tan brillantemente pleitea, es ya cuerpo de opinión corriente en Barcelona, donde nadie deja de considerar al Orfeo Tarragoní como la segunda entidad coral de la tierra. Nadie ha discutido aquí el legítimo triunfo que alcanzó en la Corte, que sólo por el Orfeo Catalá, por la institución más que barcelonesa, nacional, ha podido ser superado y aunque sea imposible alambicar á favor la proporción con que la prensa barcelonesa se haya ocupado de aquél al cual cupo la gloria de hacer escuchar por vez primera los cantos catalanes en Madrid, puede estar seguro el Sr. Martí, de que no sólo el espíritu general de Barcelona está á cubierto de toda sospecha de rivalidad, sino de que aquí se sigue con la mayor atención el desarrollo cultural de la imperial ciudad. Porque aun si existiera lo que el Sr. Martí teme, esto no debiera ser sino estímulo de energías, franca emulación poderosa y fecunda, que solamente bienes podía producir á Cataluña, así como á la secular rivalidad entre las viejas ciudades universitarias alemanas é inglesas se debe no poca parte del progreso intelectual y aun el físico de las repetidas naciones. — R.

No se asusten mis muy queridos compatriotas: no teman tampoco los barceloneses; no vamos á tratar de imaginarios dualismos entre las dos prestigiosas entidades musicales que, aun y suponiendo que los había, no

sería para nosotros motivo que nos alentara á coger la pluma y remachar sobre ello. Lejos, pues, de nuestro propósito el de embestir cuestiones que parecer antagónicas, no lo son, y á desvanecerlas en lo que podamos van dirigidas estas líneas en primer lugar, y á requerir de nuestra gente un poco más de justicia cuando se trata de fallarla en un sentido ú otro, en segundo término.

Mi ilustrado y buen amigo C. J. se ocupaba há tres semanas, desde estas columnas, del viaje triunfal del «Orfeo Catalá», en ocasión de su primera visita á la villa y corte de España, y, á pesar de convenir en un todo con sus apreciaciones y juicios sobre ese viaje y la labor eminentemente catalana-artística realizada por la primera de las entidades corales europeas, no habrá de ser ello obstáculo para que digamos también nosotros unas palabras relacionadas con otra excursión de la misma naturaleza que, con un intervalo de pocos días, realizó á la misma capital de España el «Orfeo tarragoní», antes que el «Orfeo Catalá».

No nos duelen en manera alguna los elogios prodigados, muy merecidamente por cierto, al primero de los orfeones catalanes.

Si alguna queja sentimos, no fué otra que la de haber dejado poco menos que en olvido al «Orfeo Tarragoní», que, modesto y sin pretensiones de altos vuelos, cumplió muy dignamente su delicada misión cultural, social y artística á Madrid mereciendo las alabanzas y felicitaciones de toda la villa, desde la familia real al más humilde del reporter periodístico.